

El taller de juguetes rotos

Al final de la calle de los Tilos había un taller con un rótulo pequeño: «Arreglamos casi todo.»

La señora Mei reparaba relojes, paraguas y juguetes. Un lunes le trajeron tres casos difíciles: una muñeca sin un brazo, un tren con una rueda rota y un oso de peluche con un gran desgarrón en la barriga.

—Mañana volveréis a ser como antes —dijo la señora Mei.

Pero esa noche, cuando el taller quedó vacío, los juguetes empezaron a hablar.

—Yo no recuerdo cómo era antes —dijo la muñeca—. Me falta el brazo desde que me hallaron en una mudanza.

—Mi rueda ya se había roto tres veces —explicó el tren—. Si me ponen una igual, volverá a romperse.

El oso miró su barriga abierta.

—Yo no quiero esconder esa marca. Me la hice salvándome de los dientes de un perro.

Al día siguiente, la señora Mei buscó piezas idénticas. No encontró ninguna.

—Lo siento —suspiró.

Amina, su nieta, que pasaba la tarde en el taller, escuchó los juguetes en silencio. Luego abrió la caja de materiales extraños.

A la muñeca le construyó un brazo flexible con una cinta roja y una mano de madera. Ahora podía abrazar cosas de distintos tamaños.

Al tren le puso una rueda hecha con un botón grande. Era más lenta que otras, pero le permitía girar en espacios muy pequeños.

Al oso le cosió la barriga con hilo dorado, dejando la cicatriz bien visible como un rayo.

—No han quedado como antes —dijo la señora Mei.

Los juguetes probaron sus nuevos cuerpos.

La muñeca cogió un balón y un lápiz a la vez. El tren hizo una curva perfecta en torno a una taza. El oso lució su cicatriz frente al espejo.

—Han quedado preparados para continuar —respondió Amina.

La señora Mei cambió el rótulo del taller. A partir de ese día decía:

«No hacemos las cosas como nuevas. Las ayudamos a tener una vida nueva.»

Y bajo el rótulo estaban dibujados un botón, una cinta roja y un rayo dorado.